

EDITORIAL

En octubre próximo concluye el período del actual Directorio de la SChA y mío como Editor de este Boletín. Es oportuno entonces hacer un balance de mi gestión editorial.

Desde un primer momento decidimos conservar --mejorando-- la hechura artesanal, el formato y la línea básica de la revista, tal como se habían ido plasmando desde su aparición en 1984. En un medio tan proclive a desechar lo que han hecho los antecesores, es bueno de repente marcar así una diferencia. Por de pronto, nos propusimos mantener su bianualidad, lanzando dos números semestrales (estrictamente en junio y diciembre). Entre diciembre de 1991 y junio de este año publicamos seis boletines (Nº 13 á 18). Procuramos también imprimirle una consistencia estilística. Posiblemente pocos notan esto, pero a nuestro juicio contribuye a mejorar la presentación y a darle organicidad a los contenidos, perfilando --acaso, subliminalmente-- una cierta imagen corporativa. Introdujimos además un índice, dimos cierta estabilidad a algunas secciones y agregamos otras, pusimos un colofón en la última página e incorporamos un espacio para el editorial (el primer semestre para el Editor y el segundo para la Presidenta [desde el Nº 15], a fin de que Fernanda pudiera dar cuenta anual del trabajo efectuado por su administración).

En cuanto al fondo, intentamos conservar un equilibrio entre el carácter informativo que debe tener todo boletín (secciones RESUMENES E INFORMES, MIEMBROS DE LA SOCIEDAD, PROYECTOS APROBADOS, TRABAJOS AUTORIZADOS, NOTICIAS, EVENTOS REALIZADOS, EVENTOS A REALIZARSE e INSERCIONES SOLICITADAS) y la inclusión de artículos de contenido (secciones NOTAS Y COMENTARIOS, y TRIBUNA). La lista de MIEMBROS DE LA SOCIEDAD (véanse Boletines Nº 17, 1993: 5-9 y 18, 1994: 8) sirve al propósito de la intercomunicación (la "escuela invisible"), tan indispensable en cualquier disciplina científica. Como una cuestión de política, los comentarios sobre EVENTOS REALIZADOS fueron escritos por colegas ajenos a la organización de los mismos, a objeto de asegurar independencia en los juicios. En la aceptación de escritos operé como un Editor "blando", acordando con los autores modificaciones mínimas de los textos (en su mayoría formales) y publicando absolutamente todas las contribuciones que se me hicieron llegar. Si hubo autores que se repitieron mucho, fue simplemente por el interés que mostraron en enviarme sus trabajos. En total, aparecieron 17 artículos, sin contar cinco OBITUARIOS escritos con motivo de la desaparición de importantes figuras de la arqueología (dos de ellas miembros de la SChA).

La política de distribución es otro aspecto destacable. Todos los miembros de la SChA al día o no atrasados en más de tres años en sus cuotas sociales están recibiendo el Boletín (tiraje de 150 ejemplares). La revista se distribuye también --con mucho esfuerzo, porque los costos son altos para nuestros medios-- a las bibliotecas de 23 instituciones, incluyendo ocho instituciones y centros de documentación del exterior (véase Boletín Nº 14, 1992: 9-10), lo que en nuestra apreciación propende a un efecto multiplicador en la diseminación de sus contenidos.

Aunque la publicación de colaboraciones escritas se fue incrementando entre los Nº 13 y 18 (e.g., de 1 á 4 artículos en secciones NOTAS Y COMENTARIOS, y TRIBUNA, incluyendo números en que se publicaron 6 y hasta 7 artículos), estas cifras son algo engañosas. Si descontamos los escritos enviados a la sección RESUMENES E INFORMES (donde se supone que hay un fuerte y muy personal incentivo por publicar), se tiene que fueron recibidas 48 colaboraciones firmadas por 31 autores (tres de ellos miembros ajenos a la SChA). O sea, de un total cercano a los 90 socios (para exceptuar los siete que se incorporaron durante los últimos tres años), poco menos de un tercio sintió que el Boletín podía ser un vehículo apropiado para expresar sus ideas. Es posible que todo esto sea parte del síndrome de lo que yo llamo el "socio-inmueble": no hay cómo moverlo para que

asuma un espíritu corporativo y torne más activa su participación. A veces se trata de algo tan simple como fotocopiar el resumen que aparece en el formulario del proyecto FONDECYT (3ª página) y enviármelo por fax, correo o mano. Pareciera que en algunos casos el problema responde más a dejación que a otra cosa. No poco, sin embargo, puede deberse a que los colegas se sienten escasamente motivados y/o preparados para escribir artículos de opinión. Tampoco hay al parecer hábito de escribir RESEÑAS bibliográficas (una sola en seis números) y existe un interés muy mínimo por enviar NOTAS conmemorativas (sólo dos). Por vía de ejemplo: el centenario del natalicio de V. Gordon Childe pasó en Chile sin pena ni gloria.

El resultado del llamado a un debate sobre la crítica en arqueología (véase Boletín Nº 13: 26-27) es también paradigmático. No sólo los dos únicos artículos sobre este tópico tuvieron que ser solicitados por este Editor (a falta de contribuciones espontáneas), sino que en uno de ellos su autor llamó explícitamente a evitar precisamente lo que se pretendía incentivar. Otros autores prometieron ensayos, críticas o réplicas a diferentes artículos publicados en estos tres años, pero éstos jamás llegaron a manos del Editor o fueron retirados antes de ser publicados. Hay en general una reticencia a plantearse críticamente; una suerte de versión arqueológica del "aylwismo" que ha impregnado la sociedad chilena, con todas las connotaciones de relativismo que esto conlleva. En aras, quizás, de mantener vivo el espíritu de "somos los buenos muchachos", rara vez decimos lo que pensamos del trabajo de otros. Decir lo que se piensa es, por ejemplo, criticar la posición de autores que, mientras desalientan en otros la actitud crítica, la hacen en realidad privativa de ellos mismos. O bien, poner al menos en duda la transparencia del llamado a reinstalar un sentido utópico en el quehacer arqueológico, cuando a veces el pragmatismo de quienes lo proponen descarta en la práctica un sentido romántico en ese quehacer. En fin, esta actitud reprimida frente a la crítica y, en general, frente a la emisión de opiniones, aplana, poluciona y torna inerte el ambiente arqueológico chileno.

En suma: una experiencia que no obstante lo anterior, resultó para mí, más de dulce que de grasa.

J.B.R.

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CS. SOCIALES
BIBLIOTECA